

la E. El segundo renglón indica la edad de la persona difunta ó la fecha de su defunción notada por el mes cuyo número ordinal, bien sea del día, bien sea del mismo mes, se marca por el renglón tercero. Leo, pues:

[Εἰρήνη]νη ἐν μηνί[τῆ] τρίτῃ

Irene, en la luna tercera.

Sería la tercera luna ó mes de la edad que vivía la niña Irene.

Consultada mi interpretación con los Sres. Fita y Hübner, no ha desmerecido la aprobación, tanto de nuestro sabio epigrafista como del eminente doctor berlinés.

Muy de desear es que reciba incremento el hasta hoy escaso caudal de las lápidas griegas emeritenses, que puede llegar á ser considerable. Ya apuntó Pablo *diácono* la gran afluencia de griegos que del imperio de Oriente afluían á Mérida durante el siglo VI y principios del VII, lo cual no es de extrañar si se atiende que Cartagena y su territorio pertenecían entonces al imperio bizantino.

Madrid, 15 de Octubre de 1897.

EL MARQUÉS DE MONSALUD,
Correspondiente.

IV.

A TRAVERS LE GUIPUZCOA. IMPRESSIONS. E. A. MENASSADE.

Una señorita francesa, residente en España hace varios años, Mlle. Menassade, es el autor del libro recientemente publicado con el título de *A travers le Guipuzcoa*, y cuyo examen y juicio se ha servido encomendarme nuestro ilustre Director para conocimiento y fallo de esta Real Academia. Hay quien interpretando equivocadamente las iniciales destinadas al frente de la

obra para designar el nombre de su autor, la ha atribuido á las dos hermanas Emilia y Ana Menassade, y hay quien ha creído deberse tan interesante trabajo, á un hombre, á un M. Menassade que no sé que exista desde que murió el excelente padre de esas señoritas.

La circunstancia de conocer yo tan apreciable familia desde que vino á España y de haber constantemente cultivado su amistad, me ofrece ahora la ventaja de desvanecer cualquier duda que pudiera suscitarse sobre esa combinación de iniciales, fruto nada más que de un exceso, si en eso cabe, de amor fraternal. La autora de ese libro ha querido compartir con su hermana la responsabilidad ó la gloria, si lograba alcanzarla, de un trabajo literario, primero que salta de su pluma.

Pero ¡oh inestabilidad de las cosas humanas! Esa señorita ha sido arrebatada á la vida cuando más parecía sonreirla su fortuna con una posición modesta pero honrosa en el palacio de nuestros reyes, un porvenir asegurado ya y esa misma satisfacción de ver asociado su nombre al de la autora amada de tal producción como la que lleva el título de *A travers le Guipuzcoa*.

Y ya es tiempo de que emprenda yo la tarea de justificar esa calificación, aunque tácita, del libro que, cuantos desconozcan tal historia, tendrán por de las dos hermanas Srtas. Menassade.

Uno de nuestros dignísimos colegas, refiriéndose á él en las columnas del decano de los periódicos políticos de esta corte, de *La Época*, ha dicho: «Pocas lecturas conocemos más gratas y más simpáticas al público español que la rápida excursión de M. Menassade por el breve ámbito de la provincia de Guipúzcoa.»

Y ese juicio tan justo y autorizado del Sr. Muñoz Maldonado, que es el académico á quien acabo de aludir, va precedido de un examen comparativo en que la concisión no quita nada á la originalidad ni á la exactitud de un pensamiento que traza perfectamente los rasgos más característicos del libro de que se trata. «El elegante libro de M. Menassade que tenemos á la vista recuerda, por más de un rasgo, el *Viaje por España* de su compatriota Teophilo Gauthier, generalmente mal juzgado entre nosotros. Como Gauthier, M. Menassade es artista enamorado de la luz, que estudia y sigue como un pintor. Como Gauthier tam-

bién, y en grado quizás no muy inferior, M. Menassade es estilista sin afectación, elegante y con un perfecto dominio sobre el idioma francés. Lleva con todo una ventaja el libro *A travers de Guipuzcoa* al *Viaje por España* del romántico francés; consiste en que se limita á la sola provincia de Guipúzcoa, materia digna en verdad, de ejercitar la pluma del más brillante escritor; y consiste también esa ventaja en dominar la rica imaginación preparándose con la lectura de los buenos autores españoles, que no faltan hoy día tratándose de Guipúzcoa (por ejemplo, los Sres. Echegaray y Soraluce) y consultando con las personas instruidas y competentes.»

Ese juicio, tan lisonjero para la Srta. Menassade, ha sido confirmado, en cuanto al mérito de su libro, por ese mismo Sr. Soraluce, á quien tanta autoridad concede nuestro erudito compañero, en *La Unión Vascongada*, diario de San Sebastián, y últimamente por el distinguido brigadier de la Armada, D. Patricio Aguirre de Tejada, en *La Correspondencia de España*. El primero, como diligente y hábil investigador de casos y cosas pertenecientes á aquella región, y el segundo, como poeta feliz y hablilla correcto, no han hallado en el libro en cuyo estudio me ocupo, sino motivos de admiración y de elogio.

Con traer á este informe frases y aun párrafos enteros de esos escritos, cual el de nuestro colega de Academia, podría bastarme para llevar al ánimo de los demás que constituyen este docto cuerpo la convicción de que el libro de la Srta. Menassade es notable por más de un concepto, el de la geografía, sobre todo, de la provincia de Guipúzcoa. Pero ya que á algo más estoy obligado, por razón del mandato que se me ha impuesto y por la misión y la índole de nuestra Academia, voy á comunicarla la impresión que me ha causado la lectura de ese libro; impresión, ni sugerida por motivos personales, ni comunicada por agentes extraños á mis ideas y conocimientos.

El libro de la Srta. Menassade, formado de 244 páginas en 8.º francés elegantemente impresas, comienza describiendo el aspecto que ofrecen las montañas y valles de Guipúzcoa, el carácter de los habitantes de aquella provincia, sus usos y costumbres. Asidua veraneante y observadora de cuanto se ofrece á su vista

y á su estudio, demuestra haberlo hecho á conciencia, puesto que pinta á los guipuzcoanos tal como son, aunque haciendo tan sólo resaltar sus rasgos más característicos, por la brevedad que exige la índole de su trabajo. Se dirige á los *touristas*, que repugnan generalmente las observaciones, ávidos de tiempo y buscando en la brevedad de una descripción escrita ó en las del *cicerone* el modo de ganarlo.

Así pensando quizás, y para economizar ese tiempo á viajeros que desde la frontera francesa penetran en España para una excursión tan rápida que les consienta volver pronto á su país, á sus estancias, acaso, de San Juan de Luz, de Biarritz ó Bayona, la Srta. Menassade les hace entrar inmediatamente en San Sebastián. ¡Cómo no, si ha visto años y años á muchos de sus compatriotas visitar la capital de Guipúzcoa para en el mismo día retroceder á la derecha del Bidasoa, satisfecha su curiosidad con haber pisado tierra de España y presenciado una corrida de toros!

Pero por eso mismo se detiene á describir San Sebastián, la ciudad cuya resurrección, podría decirse, y su rápido ensanche, admirable por la regularidad de sus calles y la magnificencia de sus edificios, tanto previenen á los extranjeros en favor de la España de nuestros tiempos. Para mejor impresionar al forastero en ese concepto, el libro de la Srta. Menassade recuerda el origen de la ciudad, los nombres que llevó, con frecuencia citados por los escritores vascos; los restos, aún existentes, que atestiguan el paso de los romanos por aquella provincia; algún rasgo histórico en la Edad Media, y hasta el legendario de la Monja Alférez para satisfacer, sin duda, la curiosidad que provoca ese nombre en cuantos visitan el *Antiguo*, barrio donde hoy se alza la residencia en verano de la familia real española. Pero al referirse á la población moderna, esa maravilla de riqueza y buen gusto, comienza la autora su descripción así, acreditando el del estilo que usa en todo su libro: «Si un concurso feliz de fenómenos naturales ayudó, según ya hemos visto, á proporcionar en otros tiempos un seguro asilo á desabrigados pescadores, animándolos á fundar allí un pueblo, inclínase uno á creer que un genio benéfico presidió al nacimiento de la ignorada ciudad y veló su cuna,

preparando para ella sus más generosos dones y dándola ya quizás ese gracioso nombre de *Perla del Océano*.»

«Ella es, en efecto, una creación del Océano; es una hermosa perla arrojada á las arenas de oro por las soberbias olas, que sin cesar la acarician y van murmurando á morir á sus pies.»

«Se ha hecho grande, se ve fuerte y está orgullosa; mas no por eso ha renegado de su cuna.»

«Allí está esa cuna que proclama su origen; allí está cual nos la han pintado. Allí viven todavía pescadores, hijos de los que la vieron nacer, y disfrutan ahora de su riqueza y de su hermosura.»

El lector encontrará acaso en ese como apóstrofe dirigido á pintar la sorpresa que causa el espectáculo de San Sebastián, visto desde el monte Ulía, exceso de entusiasmo y exceso de lirismo; pero el último párrafo especialmente encierra, no allá el recuerdo tan sólo de ese espectáculo, sino que también la historia entera de un suceso sumamente honroso para los *donostiarros*, por el espíritu de patriotismo que revela en ellos. Sí; viven allí los hijos de los que vieron nacer aquella ciudad, por el acto, nunca bastante celebrado, de los que en Zubieta resolvieron reedificarla, á pesar de los sacrificios que exigía la que antes hemos calificado de resurrección de un pueblo convertido en un montón de ruinas humeantes y cubiertas de sangre por los que se decían sus amigos y libertadores.

Y después de contemplar la ciudad desde aquel bellísimo promontorio de Ulía y de describir su posición y la de los accidentes orográficos que la constituyen; las entradas del mar, entre ellos, que le dieron el nombre de *Iru-Chulo*; los paseos que de allí se descubren; el puente del Urumea; la fortaleza sustentada por el Urgull dominando la ciudad; la Concha y sus muelles, penetra por las calles, y no deja templo, palacio ni casa célebre por construcción ó historia, de que no haga mención detenida y acertadamente.

El libro de la Srta. Menassade es en ese punto muy curioso; ofrece un gran interés al *tourista*, al historiador y al arqueólogo. Los monumentos religiosos, tanto en lo que se refiere á su fábrica, su ornamentación interior, su riqueza en altares, joyas y

reliquias, como la residencia real de Miramar y el Castillo de la Mota, están descritos, si con la brevedad que exige el objeto á que se dirige la autora, sin olvidar también aquellos sucesos más notables que presenciaron ó de que fueron teatro. Los actos de lealtad de los habitantes de San Sebastián para D. Pedro en su contienda con D. Enrique y para el Emperador en la sublevación de los Comuneros; la celebración de esos actos y de la jura de reyes y de fueros en la iglesia antigua de Santa María; la prisión de Francisco I; la muerte de Idiáquez, el fundador del templo de San Telmo, gótico como el de San Vicente, éste restaurado en tiempo de los Reyes Católicos, y como el nuevo del Buen Pastor, abierto este mismo año al culto; cuanto existe, en fin, capaz de excitar la curiosidad del viajero, está citado, descrito y juzgado, si bien, ya lo he dicho, con la rapidez y laconismo propios de ese género de producciones.

Y basta de San Sebastián, de su población y suburbios.

Hay en el libro á que me estoy refiriendo un capítulo, el III, que lleva el título de *El Monte Ulia- Impressions*, notable, más quizás que por los objetos que describe, aun siendo de peregrina belleza y dignos de recordación en varios conceptos, por la manera con que el autor lo hace, lo delicado de los pensamientos en que se le ve inspirarse y lo elegante del estilo que emplea para expresarlos. ¡Lástima que por la índole de nuestros trabajos no pueda trasladarse á este informe alguna parte de tan elocuente capítulo en el propio idioma en que está escrito!

Al describir después la posición de la aldehuela de Alza en que todo, dice, es azul y verde, exclama la Srta. Menassade: «Uno de los mayores goces que le hayan sido otorgados al hombre es, sin contradicción, esa facultad de poder sentir con el corazón y el alma, y en la contemplación de lo grande y de lo hermoso descansar de cuanto en el mundo se agita entre lo mezquino, vacío ó inacabado, ya que toda obra humana es imperfecta».

«Pero aquí se trata de la obra de Dios, que jamás caduca, porque Él la rejuvenece siempre, y que Él la ha creado para nosotros, así como para su gloria; de esa que cantan todos los poetas desde que existe el mundo y que les inspirará hasta el fin de los siglos; de esa, en conclusión, que es el hermoso libro viviente en

que cada uno puede leer la grandeza y estudiar el poder de *Aquél* que la ha creado.»

«Y todo eso es verde y azul; pues, como ha dicho Víctor Hugo: *Dios es el pintor; con ese verde, ha hecho la tierra, y con ese azul, ha hecho el cielo.*»

El género es francés como la autora y sus maestros; pero hay también que convenir en que es hermoso y deleita.

La descripción de Pasajes con el recuerdo de su antigua importancia, su decadencia posterior y las nuevas construcciones dirigidas á la rehabilitación de su puerto en lo que permite el cúmulo extraordinario de tierras que lo tenían casi cegado; con sus casas como colgadas sobre la bahía, con sus baterías tan celebradas, sus antiguos templos y fortalezas y fábricas, está todo lo desarrollada que conviene para dar á conocer un sitio que tanto llama la atención por su historia y por haber sido siempre objeto de la codicia extranjera desde los tiempos más remotos, los de Luís XIV y los dos Napoleones. No queda tampoco olvidado Lezo con la leyenda de su célebre y milagroso Santo Cristo, lugar de romerías y peregrinaciones, así de la gente campesina de la provincia, como, y eso sobre todo, de la de mar, que nunca deja de invocar la sacratísima imagen de Lezo entre el bramido de los huracanes. Y como Alza, Pasajes y Lezo, se describen Rentería y Oyarzun, Fuenterrabía y Hernani, territorio, todo él, donde ha ejercido la guerra sus furores desde la Edad Media en que comenzó á ser invadida por el extranjero ribereño del Bidasoa. Todos esos puntos han sido, por eso, asiento de fortalezas levantadas para impedir la invasión de España, útiles antes según las armas de cada tiempo, sustituidas hoy por un gran campo atrincherado obedeciendo á los nuevos principios del arte de la guerra y á la tormentaria usual para la poliorcética moderna. La historia, pues, de esa zona eminentemente militar sería inacabable; pero la Srta. Menassade ha eludido el compromiso en que, como francesa, podría verse, con singular prudencia y habilidad suma. Se ha separado de otros escritores compatriotas suyos que, como Cenac Moncaut, por ejemplo, Henry Lalanne después, y últimamente Xavier de Cardaillac en un libro, cuyo estudio se me ha encomendado también sin, cier-

tamente, merecer la atención de esta Real Academia; y en la descripción de Fuenterrabía ha demostrado esa prudencia y esa habilidad que la he atribuído como revelan los cortos párrafos que voy á traducir. «Ciudad limítrofe, dice, y llave del territorio español, Fuenterrabía llegó fatalmente á ser la víctima ó, mejor dicho, la presa envidiada siempre, perdida y reconquistada. Los franceses no podían dar un paso por aquel lado sin hacerse dueños de ella, mientras que á los españoles les era posible avanzar hasta Bayona. Apoderarse de Fuenterrabía fué, pues, un proyecto, un plan frecuentemente estudiado y puesto en ejecución.»

«Varias veces fué tomada la ciudad; varias el saqueo y la destrucción se extendieron á un lado y otro de las dos fronteras con igual furia y los mismos excesos. Pero la ocupación de Fuenterrabía por los franceses hubiera sido para los españoles tan bochornosa como la de Gibraltar por los ingleses. Por eso, supieron salvarse de tal ignominia con el encarnizamiento, la pasión y el valor indomable propios de ese pueblo cuando ve atacada su independencia.»

¡Qué diferencia con las relaciones de esos escritores que acabo de nombrar, donde el sitio de Fuenterrabía, el ataque general, los asaltos á la brecha y la batalla final con la derrota de los franceses, han sido desfigurados á punto de no poderse conocer tan notable hecho de armas!

La Srta. Menassade, en cuanto á detalles, se satisface con trasladar del libro del Sr. O'Reilly al suyo, la leyenda de las dos águilas peleando en el zenit de aquella ciudad y presagiando, con vencer la española, el triunfo de nuestras banderas.

Desde allí no cabe sino penetrar al interior de la provincia; siendo la primera etapa de la invasión Hernani, «nombre célebre, se dice en el libro que examinamos, nombre encantador que tan bien sienta á aquella villa, cuyo aire de orgullo y tranquila grandeza se adaptan maravillosamente á la poesía que la rodea, al profundo embeleso que la envuelve y que realzan, con los atractivos del presente, los nobles recuerdos de los tiempos pasados.» Por supuesto que, al citar Hernani, no ha de faltar la conmemoración de su hijo más ilustre, el célebre apresador de Francisco I en Pavía.

Al nombre de Juan de Urbieta se podrían unir otros varios; que la heroica villa cuenta con muchos, como que su posición estratégica la ha hecho objetivo de agresiones infinitas, lo mismo en las invasiones francesas que en las luchas civiles que han ensangrentado aquel suelo que parece atraer á sí los huracanes de la guerra.

Por lo que llevo expuesto, comprenderá la Academia el método seguido por la Srta. Menassade en su libro y la forma que usa para describir el país guipuzcoano; método y forma que llevan al conocimiento topográfico del territorio en todos sus accidentes, montañas, ríos y poblados, sus más interesantes condiciones, su historia y las impresiones que su vista y los recuerdos que evoca producen en quienes lo recorren.

¿Para qué, pues, seguir llamando la atención sobre los demás capítulos de este libro? Todos ellos, los 20 de que se compone, conforman con los ya examinados en la manera expuesta de presentar la descripción de los lugares á que se refieren. Esa descripción es exacta, como obra ejecutada á la vista de los objetos cuyo aspecto, historia y estado actual constituyen el trabajo propuesto, y las observaciones que provoca en una imaginación excitada por lo peregrino de los espectáculos con que á cada momento se ve sorprendida la autora en su peregrinación por tan pintoresco país; si de algo pecan es, como antes he indicado, de exceso en ella de lo que constituye el rasgo más significativo de su carácter, de su índole exaltada y poética.

Pero realmente, por el camino emprendido por la Srta. Menassade, ¿cómo no exaltarse á la vista de la casa de Aizpurua en Zubieta, donde los próceres de San Sebastián resolvieron la reedificación de su ciudad en 1813, de la en que vió la luz primera el P. Lerchundi, de imperecedera memoria, el apóstol de Marruecos, cuyo epistolario, el día en que se publique, descubrirá todo el fervor de su espíritu religioso, todo el patriotismo que abrigaba en su alma, así como el espíritu católico y el españolismo de la alta personalidad que con sus estímulos y con sus recursos materiales le ayudó en su santa obra de evangelización? ¿Cómo no entregarse á las más calurosas expansiones ante la *Torre Lucea* de Zaráuz, la estatua de Juan Sebastián del Cano en

Guetaria y la memoria del desastre allí sufrido por la escuadra de D. Lope de Hoces cuando en 1638 navegaba en socorro de Fuenterrabía, y particularmente al recorrer el valle de Azpeitia y visitar en él la fábrica estupenda del monasterio de Loyola? Y al subir al santuario de Iziar y presenciar una de las frecuentes peregrinaciones de los marinos salvados por la poderosa intercesión de la Virgen, que lo eligió para asiento de su sacratísima imagen, dice la Srta. Menassade: «¡Cuál conmueve el ver á esos hombres rudos, endurecidos por la lucha de cada hora, arrodillarse humildemente en las losas del piso y juntar sus manos con santa unción! ¡Cuál conmueve ver aquella mirada dura que arrostra la furia del mar velarse con la emoción y la gratitud ante la imagen de la Estrella del mar, su tierna y poderosa protectora!»

En Deba, por fin, con su precioso templo; en Motrico, la patria de Churruca; en Vergara, asiento de la *Real Academia Vascongada*, modelo de las *Económicas* provinciales del reino y teatro del famoso *Abrazo* que puso fin á la guerra civil de 1833 á 1840; en Oñate, por último, corte de su *soit-disant* soberano en aquella infausta rebelión, con su universidad y su celebrado convento de *Aranzazu*, ¿cómo no meditar sobre tan raros monumentos en país que apenas ha gozado en este siglo de los favores de la paz y se le ve regenerado, aumentando cada día de riqueza y bienestar por la laboriosidad, extraordinaria en España, de sus moradores, sus patriarcales costumbres, su industria y comercio?

Pues bien; en ese tono, pero más vibrante y armónico, se expresa la Srta. Menassade en su descripción de la provincia de Guipúzcoa, sin olvidar mas que rara vez sitio ó lugar que revele su espléndida naturaleza, escenario alguno en que hayan brillado el valor ó el talento de sus habitantes, los más notables de cuyos nombres van apareciendo en las páginas, pocas por desgracia, de su libro. Rara también es la equivocación que en él se hace notar y esa sin importancia alguna para el objeto á que se destina el curioso y útil libro que con tan general aceptación ha comenzado ya á producir sus frutos entre los visitantes de aquella provincia.

Así es que *A travers le Guipuzcoa* es un trabajo en que compete la labor geográfica con la literaria, y puede servir, y ha servido este verano último, de excelente guía á los viajeros que

desde Francia han cruzado el Bidasoa con la intención de conocer la interesante y bellísima provincia española que hace frontera en gran parte de su trayecto con la margen izquierda de aquel río internacional.

Largo se ha hecho este informe y hasta quizás haya podido aparecer apasionado en favor de su autora; pero ni lo uno ni lo otro para quienes tengan otra noche la paciencia de escuchar el informe que, según he manifestado, me veo en el deber de presentar á la Academia sobre el libro de M. de Cardaillac, con el título de *Fontarabie*. Y no será porque me parezca de mérito superior al de la Srta. Menassade, todo lo contrario, sino porque contiene muchos y transcendentales errores, y el deshacer un error, poner de manifiesto una falsedad ó combatir un concepto equivocado, exigen mayor espacio y argumentación más detenida y robusta.

Creo, pues, que la Academia podría manifestar á la señorita Emilia Menassade que su libro *A travers le Guipuzcoa* habia sido examinado con atención y merecido un juicio benévolo de nuestro cuerpo literario, así por lo interesante de las noticias geográficas é históricas que contiene, como por lo ameno de su lectura.

La Academia, después de todo, resolverá lo que crea más conveniente.

Madrid 29 de Octubre de 1897.

JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE.

V.

INSCRIPCIONES IBÉRICAS DE GALICIA.

Estando muy generalizada entre los epigrafistas la creencia de que no existen lerteros ó inscripciones ibéricas en Galicia, y habiendo yo recogido varias, con ocasión de mis viajes para el estu-